

TEOLOGIA DE LA TRAICION

Nuestra relación con Dios no es sólo de hijos a Padre, de discípulos a Maestro, de súbditos a Rey. La Iglesia es esposa de Cristo. Nuestra fe cristiana tiene una dimensión virginal y nupcial.

Para conocer a la Iglesia hay que conocer a María. Desde su concepción inmaculada hasta su ascensión y glorificación celestial, María es el espejo en que la Iglesia contempla la realización perfecta y anticipada de su propio destino.

María es virgen. La Iglesia también es esposa virginal. ¿En qué consiste la virginidad de la Iglesia?

San Pablo escribe así a la Iglesia de Corinto: "os tengo desposados con un solo esposo, para presentaros a Cristo como virgen casta. Pero temo que, al igual que la serpiente engañó a Eva con su astucia, se perviertan también vuestras mentes, apartándose de la sinceridad y pureza de entrega a Cristo".

La Iglesia en Corinto es la novia, San Pablo es quien la conduce al altar nupcial, como virgen consagrada al único esposo. Pero subsiste el temor que la astucia del demonio despoje a la novia de su virginidad. ¿Cómo? A través de las falsas doctrinas que pugnan por infiltrarse en la comunidad y que San Pablo a continuación identifica: "predicando un Cristo distinto del que os hemos predicado o con un Espíritu distinto del que habéis recibido, o un evangelio distinto de que habéis abrazado".

El palestino Hegesipo, testigo de lo que era la Iglesia de Jerusalén hacia el año 180, hace la misma aplicación del concepto de virginidad a la fidelidad en la recta doctrina: "hasta allí era (la Iglesia jerosolimitana) una virgen pura e inmaculada, porque los que procuraban socavar la sana doctrina de la salvación se mantenían aún ocultos y escondidos en la oscuridad. Pero a medida que el santo coro de los apóstoles fue, de distintos modos, apagándose, y empezó también a extinguirse la generación que tuvo la dicha de escuchar, con sus propios oídos, la verdad divina, entonces surgió, por vez primera la falsedad atea, a través de maestros mentirosos".

Hegesipo se refería a la primer grande herejía que amenazó la virginidad de la Iglesia: la Gnosis. Rasgos característicos del gnosticis-

mo eran su pretensión de ofrecer a sus fieles un conocimiento superior al del cristianismo ortodoxo, aunque tomando de éste muchas de sus doctrinas y prácticas; la afirmación de un dualismo radical que separaba y oponía el mundo de los cuerpos al mundo de los espíritus; la recusación del presente concreto y de todas las normas legales, y la negación de toda libertad personal (el conocimiento se sujeta a la misma ley de necesidad que preside el devenir de la naturaleza).

Al injertar en su sistema piezas cristianas, la Gnosis se convirtió en el adversario más peligroso e importante de la Iglesia primitiva, especialmente cuando venía soportado por una auténtica experiencia religiosa. La contraofensiva de la Iglesia se tradujo en una ardua elaboración doctrinal y corrientes vitales, encabezadas por teólogos que además eran santos y, algunos, mártires, todos apoyados en una certeza fundamental: "la iglesia, esposa de Cristo, no puede ser seducida hasta el adulterio", como dirá San Cipriano.

"¿Por qué es virgen casta, la Iglesia, si no por la pureza e integridad de su fe, su esperanza y su amor?", predica San Agustín en un sermón de Navidad.

Y al arreciar la herejía arriana, amonestará y confortará así a sus fieles: "que vuestra virginidad sea en el espíritu. En la Iglesia son pocos los vírgenes en el cuerpo: todo fiel debe ser virgen en el espíritu. ¡Vigila, alma mía, guarda tu virginidad!".

"¡Alégrate, Virgen María: Tú sola has vencido todas las herejías en el mundo entero!". Así saludaba la Iglesia a María. Y María le devuelve el saludo: "Alégrate, Virgen Iglesia: también tú has vencido y vencerás todas las herejías!".

Tal vez ninguna tan sutil y devastadora como la que hoy enfrenta la Iglesia: la Gnosis marxista. Hasta ayer oculta, disimulada en la oscuridad, ahora se yergue desafiante y, en lugar de retar a la Iglesia a un combate frontal, procura tomar en ella carta de ciudadanía para mejor destruirla desde adentro, y en nombre de su propia fe.

En el centro de la Gnosis marxista están el ateísmo y la negación de la persona humana, de su libertad y de sus derechos. Amenazadas así directamente las verdades de la fe sobre el destino eterno de las personas, la Gnosis marxista se presenta ¡también dentro de la Iglesia! como el único método científico, único criterio de verdad, único portador de liberación. "No hay verdad sino en el combate de la

clase revolucionaria", la verdad "se hace" entrando en la necesaria lucha de clases, del lado de los oprimidos. La verdad supone afirmar la necesidad de la violencia y, con ella, la amoralidad política. En la óptica de la lucha de clases queda implícitamente negado el principio de distinción entre el bien y el mal moral.

La lucha de clases es el motor de la historia. Eso es la fe: fidelidad a la historia. ¿Y la esperanza? Confianza en el futuro. ¿Y el amor? Opción por los pobres, en llave de Marx. Y así el amor "cristiano" exige entrar en la lucha de clases y prohíbe intentar los caminos no violentos. La Eucaristía es celebración del pueblo en lucha: no tiene sentido celebrarla con cristianos de clases opuestas. Jerarquía y Magisterio representaban a la clase dominante. Cristo ya no es el Verbo Encarnado, muerto y resucitado por todos los hombres: sólo un símbolo de la lucha de los oprimidos.

Es una vergüenza de nuestro tiempo que naciones enteras estén sometidas a indigna esclavitud, por regímenes totalitarios y ateos que se apoderaron de ellas en nombre de la liberación del pueblo. Quienes, tal vez sin advertencia, se hacen cómplices de tales esclavitudes, traicionan a los pobres. Y traicionar a los pobres es traicionar a Cristo. Las teologías de la "liberación" no son otra cosa que teología de la traición.

El problema de las modernas vírgenes necias no es que se les acabó el aceite: es que dejaron de ser vírgenes. No puede tener a Cristo por Esposo, quien no permanece fiel a la Iglesia Virgen.

R. HASBÚN

*Por su interés y en relación al tema de la "teología de la liberación" se publica esta nota, con la debida autorización de El Mercurio (Santiago).